

NOTAS Y COMENTARIOS

REFLEXIONES FILOSOFICAS EN TORNO AL ORIGEN DEL PRIMER CUERPO HUMANO

1.—Entre los problemas más cautivadores del pensar humano se encuentran, sin duda, los del primer origen y fin del hombre. El evolucionismo antropológico pretende, es evidente, dar una explicación del primer origen del hombre y también, en la mente de muchos, de su último destino. De ahí el gran interés que, desde su expresión científica en el siglo pasado, ha despertado en todas las latitudes. Las ciencias más diversas, como la botánica, la zoología, la bioquímica, la genética, la paleontología, etc., han aportado los conocimientos de sus respectivos campos, y las mentalidades más dispares prestan su colaboración en un problema de tanto interés. La Filosofía, como es obvio, no puede faltar. También ella tiene una palabra que decir. No será ciertamente para contradecir la experiencia o el hecho científicos, sino para pronunciar su enjuiciamiento a la luz de sus principios. Son dos campos diferentes, con metodologías diversas; pero sus aportaciones respectivas no pueden ser contradictorias. En ese caso una verdad se opondría a otra verdad, lo cual es absurdo. Lo que sí sucede realmente es que muchas veces el filósofo se comporta de una u otra manera según se encuentre ante un hecho demostrado o ante una hipótesis, por científica que se la suponga.

Pues bien; el evolucionismo, según los datos actuales de las ciencias, ¿es un hecho, una tesis demostrada, o es una hipótesis más o menos probable, cuya verdad o falsedad puede ser todavía controvertida?, ¿o es más bien una *explicación* ante un conjunto de hechos aportados por las ciencias experimentales, y como tal, capaz de ser sustituida por otra? Y en nuestro caso concreto, es decir, en su aplicación al hombre, ¿está demostrado científicamente que el hombre, sea en su totalidad, sea sólo parcialmente—su cuerpo—proviene, por ascensión progresiva de otras especies inferiores?, ¿estamos ante una demostración o ante una *explicación*—interpretación—de un conjunto de *indicios*?

Es preciso dar una respuesta precisa a estos interrogantes, pues no cabe duda que de ella depende, en gran parte al menos, la actitud del filósofo ante el problema que nos ocupa. Ciertamente la respuesta no sería idéntica en cualquiera de esas hipótesis.

No se diga que la respuesta a tales interrogantes es de incumbencia exclusivamente científica; que la filosofía nada tiene que decir a no ser saliéndose de su propio campo. Esto sería confundir los límites de ambas disciplinas ensanchando excesivamente los de las primeras a expensas de los de la segunda. Efectivamente, propio de las ciencias experimentales es descubrir los hechos y dar su interpretación o explicación conforme a sus principios y a sus métodos; pero también es de la filosofía el indagar las causas propias y últimas en conformidad con los supremos principios de la razón. Y puesto que en el evolucionismo, y principalmente en el evolucionismo antropológico, se habla de un movimiento ascendente a partir de formas inferiores hacia estadios superiores, a la filosofía corresponde dar la razón propia de ese movimiento, determinar su posibilidad—supuesto que no sea ya un hecho—, analizar sus diversos sentidos, declarar sus condiciones y medir sus consecuencias.

2.—*Estado actual del problema.*

No deja de llamar la atención del estudioso la casi unanimidad de los científicos sobre el tema de la evolución. Ciertamente no todos proponen la misma explicación o aducen los mismos hechos, y ni siquiera todos se inclinan por una respuesta afirmativa; pero sí puede afirmarse que una inmensa mayoría de botánicos, zoólogos, bioquímicos, genetistas, paleontólogos y antropólogos presentan el evolucionismo como un hecho y se comportan como si ya estuviera demostrado, o bien lo consideran como la única explicación posible de los múltiples indicios aducidos por las ciencias que cultivan. No es preciso citar sus nombres, pues, salvo excepciones, en esto todos están de acuerdo.

Esta uniformidad de pensamiento ha influido en los filósofos, e incluso en los teólogos y exégetas católicos, hasta el punto de que una gran parte de los mismos ya no rechaza de plano la interpretación evolucionista aun en el caso del hombre, sino que más bien intentan conciliar los hechos científicos con las verdades filosóficas y teológicas o las contenidas en la Revelación. Este cambio de actitud en los medios católicos se debe, en gran parte por lo menos, al hecho de haber perdido los propugnadores de la evolución aquel tono virulento que caracterizó a la ciencia del siglo XIX, oponiéndola, bien a la filosofía bien a la revelación.

Para muchos católicos la evolución es, al igual que para los científicos, la única explicación posible de tantos indicios y datos como han reunido las ciencias, en los últimos cincuenta años sobre todo. Véase lo que escribe G. Vandebrooke en *El origen del hombre y los recientes descubrimientos de las ciencias naturales* (Madrid, 1959), p. 194: «El número de hechos conocidos que hacen referencia a las consecuencias de la evolución, es tan grande que algunos autores han creído poder

afirmar que la evolución es un hecho. Una razón metodológica nos impide compartir esta opinión. Un hecho ha de poder demostrarse. Ahora bien, esta demostración directa de la evolución de las especies es imposible. La evolución sólo es, pues, *una hipótesis eminentemente razonable*, verificable en sus numerosas consecuencias y que no se puede rechazar sin sustituirla por otra tan plausible por lo menos. *Puede decirse que un biólogo a la altura de los datos actuales, no tiene prácticamente derecho a no ser evolucionista*, si no puede explicar los hechos de otra manera) (Los subrayados son nuestros). Después de analizar los datos descubiertos hasta hoy, concluye refiriéndose al hombre (Ib., p. 268): «En el momento presente, la mayor parte de los hombres de ciencia no dudan ya de que, desde el punto de vista somático, el hombre desciende de los primates superiores y que éstos, a su vez, son el resultado de una larga evolución que va de los peces a los mamíferos y pasa por los anfibios y los reptiles». Las mismas consideraciones, y con palabras más o menos similares, podríamos tomar de científicos tan conocidos como Teilhard de Chardín, Crusafont Pairó, Marcozzi, Pedro Leonardi, V. Andérez, Benmudo Meléndez y otros muchos, católicos todos, pero que no sienten dificultades en expresarse en un lenguaje evolucionista.

3.—*Pensamiento de la Iglesia Católica.*

Esta libertad de expresión, con todas las limitaciones que se quieran, ha conocido un impulso muy notable a partir de la publicación de la Enc. *Humani Generis*, 12-VIII-1950, de S. S. Pío XII (f. r.). Extraçtaremos la doctrina del llorado Pontífice, pues no siempre ha sido bien interpretada por los divulgadores más que por los científicos; en ella encontraremos las directrices que nos permitirán una respuesta al problema planteado.

En tres ocasiones por lo menos ha hablado Pío XII sobre el evolucionismo: ante la Academia Pontificia de las Ciencias (30-XI-1941), en la Enc. *Humani Generis* (12-VIII-1950) y en el Discurso al Congreso de Genética (7-IX-1953). En la primera alocución citada leemos lo siguiente: «Solamente del hombre podía venir otro hombre que lo llamase padre y progenitor». Estas palabras ciertamente no pueden interpretarse como negación de cualquier parentesco filético del hombre con otras especies inferiores; de lo contrario no tendrían significación alguna las que escribe a continuación: «En la cima de la escala de los vivientes se halla el hombre, dotado de un alma espiritual... Las múltiples investigaciones, sea de la paleontología, sea de la biología o de la morfología sobre otros problemas relativos al origen del hombre, nada han aportado hasta ahora positivamente cierto y claro. No queda más que dejar al porvenir la respuesta a este interrogante: si un día la ciencia, iluminada y guiada por la revelación, podrá dar resultados seguros y definitivos sobre un tema tan importante».

Dejando, pues, para el futuro la posibilidad de que la ciencia pueda o no entroncar filogenésicamente al hombre con las especies animales, se afirma, sin embargo, que ningún animal puede decirse «padre y

progenitor del hombre». Esto impone ya ciertas reservas a la teoría de la evolución, aun en el caso de que un día se demostrara científicamente el origen animal del cuerpo humano.

Esta puerta abierta a la investigación se consolidó con lo que el Papa ha escrito en la *Humani Generis*: «El Magisterio de la Iglesia no prohíbe que en investigaciones y disputas entre los hombres doctos de ambos campos [científico y teológico] se trate de la doctrina del «evolucionismo», en cuanto al origen del cuerpo humano, de una materia viva preexistente (pues la fe católica nos obliga a retener que las almas son creadas inmediatamente por Dios), según el estado actual de las ciencias humanas y de la sagrada Teología, de modo que las razones de una y otra opinión, es decir, de los que defienden o impugnan tal doctrina, sean sopesadas y juzgadas con la debida gravedad, moderación y templanza, con tal que todos estén dispuestos a obedecer al dictamen de la Iglesia...». Queda, pues, libre el campo tanto para los científicos como para los teólogos, a fin de investigar el posible origen, por evolución, del cuerpo humano.

Pero al mismo tiempo el Papa llama la atención de aquéllos que «con temeraria audacia traspasan esta libertad de discusión, obrando como si el origen mismo del cuerpo humano de una materia viva preexistente fuese ya absolutamente cierto y demostrado por los indicios hasta el presente hallados y por los raciocinios en ellos fundados, y cual si nada hubiese en las fuentes de la revelación que exija una máxima moderación y cautela en esta materia» (Ib.). Luego según estas palabras del texto pontificio se procede «con temeraria audacia» si hoy —en 1950— se afirma sin más el origen infrahumano del cuerpo del hombre. ¿Han cambiado las cosas desde entonces? Creemos que, a pesar de los nuevos hallazgos paleantropológicos, la cuestión permanece la misma. A juicio del Papa continuaba siendo la misma cuando en 1953 pronunció su Discurso ante el Congreso de Genética.

«En las obras recientes de Genética se lee que nada explica mejor la conexión de todos los vivientes como la imagen de un árbol genealógico común. Pero al mismo tiempo se hace notar que se trata solamente de una imagen, de una hipótesis y no de un hecho demostrado. Es preciso añadir, dicen, que si la mayor parte de los investigadores presentan la doctrina de la descendencia como un «hecho», tal afirmación constituye un juicio prematuro. Por lo mismo, se podrán formular otras hipótesis. Se dice además que conocidos científicos lo hacen sin afirmar con esto que la vida haya evolucionado y que ciertos descubrimientos puedan ser interpretados como preformaciones del cuerpo humano. Pero, añaden, estos investigadores han puesto de relieve, de una manera terminante, que, a su juicio, no se conoce todavía con absoluta precisión qué significan real y exactamente las expresiones «evolución», «descendencia», «paso», etc.; que, por otra parte, no se conoce ningún proceso natural por el cual un ser dé origen a otro de naturaleza distinta; que el proceso por el cual una especie engendra a otra, permanece totalmente impenetrable, no obstante los numerosos estadios

intermedios; que no se ha logrado todavía experimentalmente hacer derivar una especie de otra; y, finalmente, que no sabremos nunca en qué estadio de evolución un homínido ha atravesado de golpe el umbral de la humanidad. Se señalan también dos descubrimientos especiales en torno a los cuales continúa aún la controversia: no se trata aquí del grado avanzado de evolución del material descubierto, sino de la datación del estrato geológico. La conclusión última que se deduce es ésta: a medida que el provenir muestre la exactitud de una u otra interpretación, la imagen usual de la evolución de la humanidad encontrará una confirmación o bien se deberá recurrir a una imagen nueva. Parece se debe decir que las investigaciones en torno al origen del hombre se hallan todavía en sus comienzos; que la representación que hoy nos hacemos en torno a él no puede ser considerada como definitiva».

Esta es la doctrina de la Iglesia que cualquier pensador católico ha de tener ante su vista al tratar estos problemas de la descendencia humana. Por otra parte nos parece refleja perfectamente el estado actual del problema, a pesar de los continuos hallazgos de las ciencias paleontológicas. Hasta el presente ni la paleontología—argumento preferido por los evolucionistas convencidos—, ni la anatomía o morfología comparadas, ni la genética (1) han logrado demostrar la tesis que propugnan. Prueba manifiesta de ello son los múltiples troncos filéticos propuestos para ensamblar al hombre, por su parte somática, con las especies inferiores, y las diferentes sentencias emitidas sobre los presuntos hombres-simios como los australopitecinos o los hallados en Palestina, contemporáneos, si no posteriores, de algunas razas humanas como el *Homo Heilderbergensis* o el *Homo Soloensis*, etc. Por lo mismo nos parecen exageradas las palabras de José Manuel Gómez Tabanera, aunque se encuentren como introducción de un libro, mitad científico mitad novelesco, como es *Tras las huellas de Adán* (Barcelona, 1959, 2.ª ed.), pp. 10-11. Respecto del evolucionismo «primero ha de considerarse la cuestión de la existencia—innegable—, en el mundo de la Naturaleza, de un proceso dinámico que viene a dar como

(1) Modernamente se insiste mucho más que antes sobre los estudios de Genética para encontrar en ellos una salida a la evolución. «En los últimos años, la Genética, que había acentuado ya la importancia de las mutaciones, ha suministrado, en el estado actual de nuestros conocimientos, la explicación más plausible del fenómeno de la evolución» (O. c. p. 194). Más adelante, p. 199, vuelve a insistir en el mismo argumento. Sin embargo, no dejan de llamar la atención los resultados obtenidos, según el mismo autor; la genética ha llegado a purificar las especies y las razas sin que se hayan obtenido las mutaciones buscadas, ya que al final del proceso lo que se llaman «razas seleccionadas» son «grupos artificiales que sólo pueden mantenerse gracias a la intervención constante del hombre» (p. 207). En caso contrario vuelven a degenerar, retornando al tronco común primitivo. Además en no pocos casos son incapaces de reproducirse. No se veía aquí, pues, tan claro la más plausible explicación de la evolución. Sobre este argumento pueden leerse las interesantes observaciones de N. Heribert Nilson en *La idea de la evolución y la biología moderna*, en Escorial 16 (1942) 193-224, y *L'évolution rédemptrice du P. Teilhard de Chardin*, X X X, Les Editions du Cèdre, Paris, pp. 61-63 (sin fecha).

resultado un cambio somático de las formas constitutivas de los seres vivos (evolución biológica), en el tiempo y en el espacio, con la consiguiente transformación de éstos (y de aquí, transformismo)... La Iglesia Católica ha mostrado el camino. Así, según su magisterio, ateniéndonos estrictamente al evolucionismo biológico (dentro del cual cae la descendencia del hombre por lo que a su cuerpo se refiere) *no existe ningún inconveniente* en que un católico sea evolucionista. Roma, hace unos pocos años, ha precisado su posición (Enc. *Humani Generis* del 12 de agosto de 1950). *Con la infalibilidad de su magisterio, cuando hablaba ex cathedra, S. S. Pío XII deja a los católicos en absoluta libertad de ser evolucionistas*, si es que el evolucionismo les parece aceptable». (Los subrayados son nuestros. Según este autor Pío XII habría *definido* que se puede ser o no ser evolucionista, según las preferencias de cada uno; excusaremos tal interpretación por tratarse de un profano en materias eclesiológicas).

4.—*Diversas formas de evolucionismo.*

Creemos oportuno añadir, antes de dar nuestra sentencia sobre el evolucionismo desde un ángulo filosófico, algunas indicaciones sobre las diversas maneras de entender el evolucionismo, pues no todas son compatibles, aun en el caso de que se demostrara el hecho de la evolución, ni con los datos revelados ni con los principios de una sana filosofía. De ahí que, incluso en el caso de admitir el evolucionismo, algunas de sus formas deberían ser descartadas de antemano.

a) *Evolucionismo materialista.* Es lo mismo que decir monismo evolucionista, panteísta o ateo. En efecto; para sus defensores—todos los materialistas—nada escaparía al proceso dinámico de la evolución. No existe más que la materia, y ésta desde la eternidad, con un movimiento progresivo-perfectivo debido a leyes internas que la empujan irresistiblemente a alcanzar todas las formas de vivientes conocidos. La materia, con sus leyes dinámicas, se va desenvolviendo hasta adquirir el grado máximo de la vida psíquica, la intelección. Dios mismo queda envuelto en este proceso, siendo no su causa, sino su eslabón último. El paso de la materia inorgánica a la materia organizada, de la muerte a la vida, se hace sin ninguna causa externa a la materia. A este modo de pensar parecen llevar los escritos del R. P. Teilhard de Chardin, sobre todo los titulados «El Medio divino», «La energía humana», «El espíritu de la tierra», «El fenómeno humano», e incluso otro más moderado, «El grupo zoológico humano», si bien, creemos, esta conclusión estaba muy lejos del sentir del R. P.

Nada añadiremos a esta sucinta exposición del sistema—trasposición al reino de la vida de las ideas hegelianas y únicamente defendido en la actualidad por los científicos o filósofos de inspiración comunista—. La inmensa mayoría de los evolucionistas de hoy han abandonado esta burda manera de pensar, opuesta a los principios de causalidad y de finalidad, admitiendo un proceso dinámico evolutivo finalista en el que Dios aparece, no sólo al final, sino desde el principio, como causa del mismo proceso evolutivo.

b) *Evolucionismo moderado finalista*. Es otra forma de proponer la teoría de la evolución. En esta explicación se tiene en cuenta el sentido teleológico visible en todas las creaturas. Admite la existencia de Dios como distinto del mundo; afirma que Dios ha creado el mundo; que la evolución es dirigida por una Suprema Inteligencia, cuyas intervenciones inmediatas no se niegan siempre que parecieran necesarias y las cosas no pudieran explicarse de otro modo. Dios, y sólo Dios, produciría la materia y la vida en sus múltiples formas. Pero Dios pudo, se dice, desde el principio de la creación imprimir en la materia una fuerza, una energía intrínseca por la cual, siguiendo determinadas leyes y una teleología immanente, pudiera desenvolverse en múltiples formas, animales y vegetales, hasta preparar la aparición del hombre.

Esta interpretación, que evita los absurdos de la primera y que es además hoy la común entre los científicos, admite matices muy variados.

1.º En primer lugar, suponen algunos que Dios dotó desde el principio a la materia inorgánica de una fuerza evolutiva intrínseca y permanentemente impresa en ella, por la cual, natural e independientemente de nuevas intervenciones divinas, asciende progresivamente por los distintos grados de la vida hasta preparar el nivel humano. El cuerpo humano, añaden, consta de los mismos elementos químicos que se encuentran, tanto en el reino mineral como en los vivientes inferiores al hombre; y, por consiguiente, si la materia así dotada por el Creador desde los comienzos pudo producir estos últimos, no parece exista inconveniente en que llegue a estructurar un cuerpo, que, al ser informado por el alma racional, se diga y sea humano. El entronque con los reinos mineral y viviente—vegetal y animal—sería evidente.

2.º Según otros autores, Dios crearía un protoparente de todos los vivientes, del cual nacerían todos los demás por sucesivas transformaciones, siendo su término final el mismo que en el caso anterior: la preparación del hombre. Nos encontraríamos ante un evolucionismo monofilético.

3.º Según algunos, Dios crearía los tipos primitivos, bien de cada reino—vegetal, animal, humano—o de cada especie. Se trataría de un evolucionismo polifilético.

4.º En el caso concreto del hombre cabe hacer la siguiente conjetura: o bien diversas especies de animales o varios animales de la misma especie—cualquiera que haya sido su forma evolutiva—han terminado en el hombre a través de sus «dominantes» o «guías», dando lugar a muchas parejas humanas primitivas—evolucionismo poligenista—; o bien una sola especie animal conquistó el grado de organización suficiente en su «dominante» para ser informada por el alma racional—evolucionismo monogenista—.

Todas estas hipótesis han sido propuestas, si bien las últimas se encuentran casi exclusivamente entre los católicos; los puramente científicos proponen un evolucionismo universal de todos los vivientes sea a partir de una especie única, la primera que emergió de la materia

inorgánica y que en el sucederse de los tiempos y debido también a las circunstancias ambientales, junto con otros factores internos, dió origen a todos los vivientes, incluido el hombre—hipótesis monogenista—; sea a partir de una pluralidad de especies vivientes que surgieron de la materia inorgánica en distintas épocas geológicas y en diferentes áreas geográficas—hipótesis poligenista—(2).

Supuesta esa energía o fuerza evolutiva de la materia inorgánica inherente e intrínseca a la misma desde los comienzos de su existencia, se plantea ahora el problema filosófico: ¿Es posible esta concepción dinámica del universo, incluido el hombre? ¿Pueden las especies animales—una o varias, o distintos animales de la misma especie—preparar transformísticamente la aparición del hombre, engendrar un cuerpo humano? No importa, de momento, suponer la hipótesis monogenista con preferencia a la poligenista, pues en todo caso sería necesario preguntarse si un viviente inferior pudo dar origen a un primer cuerpo humano, pues sea en una u otra hipótesis siempre habremos de preguntarnos por el origen del primero o primeros representantes de la nueva especie originada.

5.—Análisis filosófico.

Para resolver el problema del origen posible del cuerpo humano por evolución, es preciso todavía hacerse otra pregunta: ¿Puede considerarse el cuerpo del hombre independientemente de su alma racional? Y para salvar el evolucionismo antropológico, ¿es suficiente considerar esa energía o fuerza evolutiva como algo constitutivo de la materia o bien se la debe considerar como una intervención especial de la Causa Primera, cualquiera que sea el momento en que tenga lugar? Concedamos que las ciencias demostraran un día que un animal ha dado origen al cuerpo humano. ¿Se podría negar en ese caso toda intervención especial de Dios en nombre de las ciencias experimentales?

Para responder a estos interrogantes es preciso afirmar que el filósofo debe estudiar al hombre tal cual es, compuesto de alma y cuerpo unidos en unidad sustancial. De ahí que si bien pueden considerarse ambos componentes por separado, atendida su peculiar naturaleza en orden a numerosas consecuencias particulares, deben, sin embargo,

(2) He aquí cómo describe Pedro Leonardi la evolución, según el pensamiento científico: «Las especies vivientes, en vez de ser cada una el efecto de un acto de creación separada y de conservar inalterados sus caracteres desde el momento en el cual hicieron su aparición en la Tierra, parece que pueden variar bajo el influjo de causas múltiples, exteriores e interiores; estas variaciones, fijándose en el patrimonio genérico, obrarían de manera tal, que los descendientes de los organismos constituyendo una determinada especie, después de diversificarse de sus progenitores, vayan a formar nuevas especies derivadas de la primera y cuyos representantes, variando de la misma manera, podrían engendrar a su vez otras especies. De este modo las formas animales y vegetales se transformarían por medio de variaciones, ahora bruscas, ahora lentas, que, sin embargo, se acentuarían poco a poco a través de las generaciones». *El evolucionismo y los últimos datos de la paleontología*, pp. 49-50, en *EVOLUCIONISMO EN FILOSOFIA Y TEOLOGIA*, Barcelona, 1956. Cf. ID. *La evolución biológica*, p. 19, Madrid, 1957.

ser considerados ambos a la vez en un estudio integral, ya que la naturaleza de dos cosas, esencialmente ordenadas la una a la otra, no puede ser perfectamente comprendida ni en su hacerse ni en su ser ya hecho con total independencia.

Desde el primer punto de vista no han faltado autores que han hablado incluso de una evolución psíquica, no sólo gradual sino específica. La Iglesia Católica, sin embargo, en la *Humani Generis* enseña como verdad de fe que todas las almas humanas son creadas inmediatamente por Dios. Y si lo son todas las almas de los hombres actuales, también lo ha sido la del primer hombre o primeros hombres que hayan existido, en cualquiera de las hipótesis que se consideren. Y si han sido creadas por Dios inmediatamente la evolución que en ellas se hubiere observado no puede ser más que gradual, de desarrollo o despliegue de sus potencialidades ocultas, pero realmente existentes desde su comienzo. En este sentido no puede admitirse una evolución psíquica o espiritual propiamente dicha. Esta verdad salvaguardaría ya el origen especial del hombre, su dignidad, y aseguraría por tanto su destino especial, sea cual fuere el origen que se suponga del cuerpo humano.

Pero esta verdad no nos viene impuesta sólo por el Magisterio eclesiástico, sino dada por la misma razón natural. La argumentación para demostrarla es bien sencilla y Santo Tomás la condensa en unas frases muy breves, pero contundentes, en la I, 90, 2. He aquí su razonamiento, fundado inmediatamente en la intrínseca espiritualidad del alma humana: El hacerse de una cosa es el camino hacia su ser. Por lo mismo, tal como es el ser de la cosa, así será su hacerse. Ahora bien, el ser del alma humana es intrínsecamente independiente de la materia. Luego también su hacerse. Pero hacer una cosa con independencia intrínseca de la materia es crearla. Luego el alma humana debe ser creada.

Santo Tomás apura todavía más su argumentación. No sólo no puede ser producida más que por creación, sino que además *ha de serlo inmediatamente por Dios*, no pudiendo el Creador servirse del alma de los padres, por ejemplo, como de instrumento o de alguna otra creatura, pues el poder creador no puede ser comunicado, ya que el acto de creación, al no suponer ninguna materia preexistente, hace imposible la acción requerida necesariamente por el instrumento para que éste obre como tal. Por eso Santo Tomás concluye su argumentación diciendo que es absolutamente necesario que sea creada.

El P. Carlos Boyer presenta esta misma argumentación a la inversa, siguiendo un proceso inductivo. «En efecto—escribe—, la acción que procede de un cuerpo orgánico como tal es necesariamente dependiente de la materia: tal cuerpo no puede ser ni obrar sin materia; de ahí que el efecto o término de su acción no podrá ser más que la modificación de otro cuerpo o la perfección del mismo agente operante, o, en el caso de la generación, la formación de un nuevo organismo. Este será un cuerpo vivo, distinto del generante; su forma resulta de una acción corpórea; luego es dependiente de la materia y no puede existir ni obrar si no es con esta materia; o mejor aún, no es ella la que es o la que obra, es el compuesto, del cual ella es uno de los

dos principios intrínsecos, el que es y el que obra. La forma, pues, de este compuesto no es un alma subsistente y capaz de operaciones en las que no entre la materia. No concibe el universal independientemente del tiempo y del lugar, no juzga, no goza de reflexión para conocer el principio de sus actos, pues nada de esto es dependiente de la materia ni puede ser un efecto de la materia por organizada que se la suponga. No es un alma humana» (3).

Luego el alma humana, con sus potencias espirituales, no puede ser producto de la materia, ni siquiera con esa energía o fuerza evolutiva de que se la supone dotada. Luego ningún animal puede engendrar un hombre por perfecto que sea el animal e imperfecto que se suponga al hombre; siempre existirá entre ambos distinción no sólo específica sino genérica, la misma que existe entre sentidos e inteligencia; una superioridad que el animal no puede salvar.

¿Puede, no obstante, el animal, un antropoide, un australopitecino o un australopiteco, o cualquier otro, dar origen sólo al cuerpo humano? No es cuestión de suponer desde ahora que Dios, en la creación del primer hombre, haya podido servirse del «barro de la tierra» o haya tomado una materia viva preexistente—cualquiera de los animales señalados por los evolucionistas—; tratándose de Dios, lo mismo pudo crear al hombre sacando su cuerpo y su alma de la nada, (que servirse para la producción del cuerpo de una materia inorgánica o de una materia ya organizada. Respecto de Dios, todas estas hipótesis son igualmente posibles. Determinar en concreto cuál de ellas utilizó ya no concierne a la filosofía, sino a las fuentes de la revelación, y, por vía de hecho, también de alguna manera a las ciencias naturales en cuanto que éstas descubrieran *realmente* el entronque filogenético animal del hombre por su parte somática. Pero eso supondría ya una intervención especial de Dios en la formación del cuerpo del primer hombre, que es precisamente lo que se cuestiona; intervención que pudo tener lugar al crear la materia o bien en el mismo instante de la formación de cada hombre al crear o infundir en la materia preparada por los padres el alma racional; en ambos casos se trata de una intervención especial de la Causa Primera, aparte de la premoción universal necesaria para toda operación de las causas segundas.

Obsérvese además que cuando se trata de evolución ascendente de un animal inferior no se le supone cooperando únicamente de un modo pasivo, siendo el sujeto recipiente de una acción divina que determinaría en él unas disposiciones por las que se hiciera capaz de recibir el alma racional; en este sentido ya hemos dicho que respecto de Dios, agente de virtud infinita, el animal puede prestar esa colaboración. Trátase, en cambio, de un concurso activo, en virtud del cual el inferior, por sus energías propias y debido a una teleología inmanente a él mismo, va caminando hacia la preparación de un organismo apto para ser informado por un alma racional; en una palabra: si un animal puede activamente engendrar el primer cuerpo humano.

(3) *L'évolutionnisme à la lumière des principes de la philosophie*, p. 40, en *EVOLUCIONISMO EN FILOSOFIA Y TEOLOGIA*, Barcelona, 1946.

Planteadas así las cosas, desde el punto de vista del animal, ¿cuál es la respuesta de la filosofía? No se piense que una respuesta negativa equivale a una repulsa total del evolucionismo. Como ha observado muy bien el P. Boyer, según la ciencia, existiría un «evolucionismo antropológico si el cuerpo humano termina una serie cuyos términos se aproximan cada vez más a él, y de los cuales el siguiente deriva siempre del precedente» (4). (En este caso, el alma humana queda al margen de este proceso natural; cosa que también sucede en el de la generación natural humana).

En el caso de la generación natural, los padres preparan y disponen la materia; luego al infundir Dios el alma humana ésta comunica a esa materia ya dispuesta las últimas disposiciones; y así el compuesto que de esa unión resulta es un verdadero ser humano de idéntica naturaleza que sus progenitores. Los padres han predispuesto y aprestado la materia para que por la información sea humana. Este efecto no es superior ni desproporcionado a la causalidad de los padres; todo agente, se dice en filosofía, obra por su forma; y la de los padres es un alma racional; de ahí que pueda preparar otra materia para ser informada por otra alma racional. Por otra parte, *omne agens agit sibi simile*; nada de particular, pues, que el agente humano, en el proceso específico de la generación, produzca un ser semejante a sí mismo, apareciendo al exterior como si todo lo que existe en él fuera obra de los padres; la ciencia no contradiría a la filosofía si ésta lo afirmara; y si la filosofía no lo afirma no es por razones científicas, sino estrictamente filosóficas. Aparentemente todo ha sucedido como en cualquier otra generación natural. Si, pues, la filosofía afirma que los padres han dado el ser al engendrado, no contradice ningún principio de la razón, pues no hay desproporción entre el efecto producido y la causa que lo produce; ambos son de la misma naturaleza. Luego los padres han sido causa principal respecto de ese nuevo ser producido por ellos. Más tarde la especulación filosófica determinará respecto de qué parte del compuesto humano han sido causa principal y suficiente y respecto de cuál han sido causa solamente dispositiva, debido a la naturaleza misma del ser producido, manifestada en sus operaciones.

Estas elucubraciones, hechas sobre el modo natural de la generación humana, no ofrecen ninguna dificultad. Aplicadas al caso de la descendencia somática del hombre de un animal, ya no son tan evidentes y la filosofía, siguiendo los principios de la razón, ha de imponer algunas limitaciones. No se trata de dos casos paralelos. En efecto; según la filosofía, no se produce sólo la materia o sólo la forma, sino que lo producido es el compuesto. La materia o la forma sola no existen por separado. Ahora bien, materia y forma se unen en el compuesto sustancialmente; no se trata de dos elementos unidos accidentalmente, sino que por sí mismos son complementarios, relativos el uno del otro; de ahí que no pueda pensarse la formación del uno con total independencia de la del otro. Unión sustancial y unión

(4) Art. cit., p. 41.

en la operación. Al obrar en la generación comunicarán su propia naturaleza; de donde el individuo resultante será siempre de la misma especie. Existe verdadera causalidad y proporción entre los generantes y engendrado. Ambos son de la misma especie. Y, por lo tanto, si se trata del caso de un animal, el fruto de su generación será siempre otro animal, no un hombre.

Pudiera objetar alguno: Con esto se cierra toda vía posible al evolucionismo. A lo que responderíamos: ciertamente no. Puede darse el caso, y se da de hecho en la naturaleza, que dos individuos de distinta especie den lugar a un ser de distinta especie; es el caso de los híbridos. Si, al contrario, los generantes son de la misma especie no producirán más que un individuo de la misma especie. Dar lugar a un ser de distinta especie y superior en perfección a la de los progenitores, sería algo superior a su constitución; ya no obrarían por su misma naturaleza, sino en virtud de una fuerza sobreañadida; de lo contrario, el efecto sería desproporcionado a su causa, *et nemo dat quod non habet*. Por consiguiente, en el caso de que las ciencias naturales demostraran un día—todavía no lo han demostrado—el origen animal del cuerpo humano, deberíamos afirmar que una fuerza oculta para la ciencia ha intervenido en el proceso, bien sea en el momento mismo de producir el nuevo individuo, bien sea anteriormente; pero en todo caso, es necesario admitir su causalidad. De lo contrario, deberíamos afirmar que se ha producido un efecto sin causa suficiente. Nada importa que la intervención de esa causa no sea descubierta por el científico; no entra dentro de los límites de la ciencia; por lo mismo tampoco puede negar su actuación; a lo sumo puede manifestarse como si la desconociera. Mas si por otra fuente de conocimiento le viniera afirmada—como de hecho sucede—no le asiste ningún derecho para negarla. Sería absurdo en filosofía que una naturaleza de un orden inferior—en el caso del hombre y del animal existe diferencia no sólo específica, sino genérica—, y en virtud únicamente del concurso ordinario de Dios, pudiera producir un efecto que le supera en perfección. Por lo mismo, no es posible que un cuerpo humano—aunque se trate del cuerpo del primer hombre y se lo suponga sumamente imperfecto—pueda ser concebido como fruto total de una generación animal. Tendríamos que una forma material, cual es la de los generantes, pondría en la materia una relación trascendental a una forma espiritual, cual es el alma humana, lo cual es evidentemente desproporcionado.

Por otra parte, y siguiendo el principio de finalidad inmanente en todo ser, llegamos a la misma conclusión: Ningún ser, en virtud de su propia naturaleza, puede apetecer naturalmente transformarse en otra esencia distinta y superior; sería lo mismo que desear su propia destrucción, siendo así que tanto la experiencia como el raciocinio nos aseguran que las tendencias, tanto de los seres orgánicos como de los cognoscitivos, se dirigen siempre a la conservación o perfeccionamiento gradual de su ser. Santo Tomás ha expresado esta verdad claramente al hablar del pecado de los ángeles. Dice así: Inest unicuique

naturale desiderium ad conservandum suum esse: quod non conservaretur si transmutaretur in alteram naturam. Unde nulla res quae est in inferiori gradu naturae, potest appetere superioris naturae gradum, sicut asinus non appetit esse equus: quia si transferretur in gradum superioris naturae, iam ipsum non esset. Sed in hoc *imaginatio* decipitur; quia enim homo appetit esse in altiori gradu quantum ad aliqua accidentalia, quae possunt crescere absque corruptione subiecti, aestimatur quod potest appetere altiorem gradum naturae, in quem pervenire non posset nisi esse desineret (5). Luego si ni siquiera el hombre puede tender a un grado superior, a cambiarse en una esencia distinta, aun cuando puede poseerla de alguna manera—intencionalmente—por el conocimiento, mucho menos podrá el animal, en virtud de su sola naturaleza, conseguir otra naturaleza superior o, lo que es lo mismo, engendrar un cuerpo humano. Luego si la evolución ha tenido lugar o lo tienen aún, no puede ser en virtud de una aspiración o tendencia propias de la naturaleza; y por lo mismo se hace necesaria la intervención de la Causa primera, sea cual fuere el momento en que se la suponga.

A la misma conclusión llegamos por el argumento de la proporción necesariamente existente entre la materia y la forma, o entre el cuerpo humano y el alma racional. Debido a la relación trascendental que el primero dice respecto a la segunda, es necesario afirmar que, como en todo caso de unión hilemórfica, existe proporción entre el organismo y la forma que ha de informarlo. Ahora bien, siendo el alma humana racional y dotada de operaciones intelectivas, el cuerpo producido por el animal debería estar configurado de tal modo que hiciera posibles dichas operaciones; y, por lo mismo, en su misma producción se estructuraría adaptado a tales operaciones. ¿Es posible que el animal realice esto por sí solo? Creemos que no. Primero, porque por su naturaleza el cuerpo por él estructurado tendría una organización similar del todo a la suya y no proporcionada a operaciones de un orden completamente superior. Segundo, porque no tendría finalidad alguna producir una estructura apta para un determinado género de operaciones que nunca se darán en él; más bien se ha de afirmar lo contrario: a medida que el instinto o la operación tiene necesidad de manifestarse, se crea la estructura u organización correspondiente. Luego también en este caso podemos concluir que si de hecho el cuerpo producido por un animal está proporcionado para recibir el alma—las disposiciones inmediatas las causa el alma en el mismo momento de producirse la información—no es por sus energías propias, sino en virtud de una fuerza oculta y superior impresa en su naturaleza por una causa que le sobrepasa. Siempre, pues, que haya paso de un ser inferior a otro superior es necesario admitir la intervención especial de Dios. Y ya no se trataría de una verdadera y propia generación sino de una creación, no de la nada ciertamente, sino de una materia viva preexistente, cuyas disposiciones habría utilizado el Creador como causa instrumental para la

(5) I, 63, 3.

aparición del nuevo ser. E insistimos una vez más en que no es necesario que el científico, en cuanto científico, descubra con sus propios métodos la existencia de esta fuerza oculta, que dirige todo el proceso como causa principal. Aparte del conocimiento científico, existe el conocimiento filosófico. Y así como el filósofo se saldría de su propio campo y método si negara los hechos que el científico comprobara en la experiencia, así el científico carecería de razón si negara los razonamientos del filósofo, por los que integra los mismos hechos científicos, en una síntesis superior. Se trata de dos conocimientos, cada uno de los cuales tiene su método propio; de ahí que ambos obrarán con prudencia respetando sea los hechos sea los razonamientos del otro, siempre que cada uno pueda demostrarlos en su propio campo.

El filósofo—acabamos de verlo—abre una vía de posibilidad, determina unos cauces, pone unos límites, aduce una explicación razonable de un hecho que, lejos de estar demostrado, es, hoy por hoy, una simple hipótesis de trabajo (6), sobre la cual los científicos están casi unánimemente de acuerdo: la evolución como explicación razonable—no la única—de los múltiples hechos e indicios que controlan todo un conjunto de ciencias empíricas. Pero señalar direcciones, aducir indicios o estar de acuerdo no es lo mismo que hacer demostraciones. Y cuando se trata de hechos, la única prueba válida es el dato concreto.

Una última consideración sobre el poligenismo. Para el filósofo, en cuanto filósofo—prescindiendo de la enseñanza de la revelación o de la del magisterio eclesiástico—, la solución sería la misma. Si una pareja de vivientes inferiores al hombre no pueden por sí mismo dar origen al organismo de éste y requieren una especial intervención de la Causa Primera, la misma intervención requerirían todas las demás parejas que un día hubieran terminado su evolución en el hombre. Pero la comprobación o negación como hecho de la hipótesis poligenista no corresponde a la filosofía, sino a otras ciencias: positivas y teológico-escriburísticas.

Entre los cultivadores de las primeras, pocos son los que la han defendido; entre ellos Daniel Rosa, G. Montandon, G. Golosi y algunos más (7). La mayoría de los científicos se inclina hoy por una evolución monofilética que se va bifurcando y ramificando cada vez más en especie diferentes, como las ramas de un árbol, según la metáfora de Pío XII, pero con un tronco común de derivación que es la «dominante» o «guía» que terminaría en el hombre, fruto cumbre de la misma evolución. Esa inmensa mayoría de científicos admiten hoy, pasados ya los tiempos de furor proselitista y antireligioso, un sentido finalista en la evolución, cuyo objetivo es el hombre. De ahí que una vez con-

(6) Véanse algunos testimonios de científicos en nuestro artículo *Qué sabemos hoy sobre el origen del hombre*, EST. FIL. 8 (1959), 182-183, y las interesantes declaraciones de un paleontólogo y evolucionista tan convencido como Leonardi, art. cit., p. 79.

(7) Cf. V. ANDÉREZ, S. J.: *Hacia el origen del hombre*, pp. 44-47, Santander, 1956.

seguido este nivel, ningún otro animal haya alcanzado la vida psíquica humana ; a lo más ha habido perfección gradual de razas o tipos dentro de la misma especie humana. Véase lo que escribe el P. V. Marcozzi : «En realidad todos los hombres se presentan por sus caracteres morfológicos, fisiológicos y psíquicos como una grande y única familia que ha tenido una larga historia y que ha sufrido notables transformaciones y que se ha dividido y subdividido en numerosos grupos menores y característicos, algunos de los cuales se han extinguido totalmente» (8). Y poco después añade : «La hipótesis, generalmente admitida, de que la Humanidad haya tenido una «cuna», un centro de origen y de difusión, no tiene, desde un punto de vista científico, ningún argumento positivo en contra» (9). Que en ese centro se haya producido una sola pareja o varias, a juicio del P. Marcozzi, ni las ciencias naturales, ni la Paleontología ni la Biología podrán determinarlo nunca : el problema debe ser resuelto por vía diversa de la de las ciencias naturales (Ib.). No queda más que recurrir a otras fuentes. El Magisterio eclesiástico, intérprete auténtico de la revelación, ha restringido en este punto la libertad de los católicos, «ya que de ningún modo se ve cómo esta sentencia pueda compaginarse con lo que las fuentes de la verdad revelada y los documentos del Magisterio de la Iglesia enseñan acerca del pecado original» (Enc. *Humani Generis*). De ahí que en este punto debamos atenernos a la enseñanza oficial de la Iglesia.

P. GENEROSO GUTIERREZ, O. P.

(8) *Poligenesi ed evoluzione nelle origine dell'uomo*, GREG. 29 (1948), 359-360.

(9) *Ib.*